

# EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y BENDECIDA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo

DE LA DIÓCESIS

«Evangelizare pauperibus misit me».

«Me envió el Señor á evangelizar á los pobres».

LUC., c. 4, v. 18.

---

Año I.

Sábado 21 Abril 1906.

Núm. 16.

---

## Catequística.

(Continuación).

Que Dios existe; esto es, que existe un ser cuya naturaleza, esencia, atributos, facultades y obras son las que hemos enunciado, al exponer la idea de Dios, es cosa tan demostrada, y son tantas y tan inconcusas las pruebas que hay en su favor, que, aunque no es, como decían los Ontologistas, una verdad evidente con evidencia inmediata para nuestro pobre entendimiento, proyectan, no obstante, sobre ella tanta y tan clara luz las pruebas en que se apoya, que es una de las más luminosas y más visibles verdades, que puede el hombre conocer, cuando vive aún su vida mortal sobre la tierra.

Con ser tantas las pruebas de la existencia de Dios, ó de un ser necesario y eterno, la mayoría de ellas se fundan en un solo principio que sirve de proposición mayor en el raciocinio; este principio es el llamado de causalidad, que se enuncia así: No se da efecto sin causa, esto es, no se da cosa que sea producida ó que dependa de otra, sin que se dé ó exista este otro ser que con su acción la produjo.

Verdad es esta tan clara que la ve todo el que tenga ojos para ver, ó entendimiento para conocer. Así vemos que no se da reloj sin relojero, ni palacio sin arquitecto ó constructor, ni el fruto sin el árbol, ni hijo sin padre.

Pues la demostración de la existencia de Dios no es otra cosa que la aplicación sencilla é inmediata de este principio de causalidad.

He aquí cómo hace esta aplicación nuestro insigne filósofo

Balmes: «Con la sola idea del ser necesario no se puede demostrar su realidad, pero ésta es demostrable hasta la última evidencia, introduciendo en el raciocinio otros elementos que la experiencia nos proporciona.

Existe algo; cuando menos nosotros, cuando menos esta percepción que en este acto sentimos, cuando menos la apariencia de esta percepción. Prescindo ahora de todas las cuestiones que se agitan entre los dogmáticos y los escépticos; sólo pongo un dato que nadie me puede negar, siquiera se lleve el escepticismo (ó la duda) hasta la última exageración. Cuando digo que existe algo, sólo entiendo afirmar que no todo es un puro nada.

Si existe (ahora) algo, ha existido siempre algo, y no es designable un momento en el cual se hubiese podido decir con verdad: no hay nada. Si hubiese un momento designable de un nada universal, ahora no existiría nada, jamás hubiera podido haber nada. Finjamos la nada universal y absoluta, pregunto: De la nada ¿puede salir algo? Es evidente que no; luego, en el supuesto de la nada universal, la realidad es absurda.

Luego (puesto que ahora existe algo) ha existido siempre algo, sin causa, sin condición, de la cual dependiese; luego hay un ser necesario. La existencia de éste es puesta siempre, sin relación á ninguna hipótesis, luego su *no ser* es siempre excluído bajo todas las condiciones, luego su no existencia es contradictoria; luego existe un *ser* absolutamente necesario; esto es, un *ser* cuyo *no ser* implica contradicción» (1).

Pero no sólo existimos nosotros, como supone en último término el ilustre Balmes, para quitar todo efugio á los ateos, mas también existe con toda realidad y con una claridad y grandeza deslumbradoras, el mundo sensible, ese conjunto admirable de seres que por todas partes nos rodean, y del cual nosotros no somos sinó un elemento imperceptible. Por los ojos, por los oídos, por el tacto y por todas las puertas de nuestro ser entra á torrentes, y con una fuerza avasalladora, la lumbre con que brilla la existencia del mundo material.

Ahora bien, ese mundo externo, á pesar de toda su grandeza y de la constancia de sus leyes, es un mundo limitado, pues aparecen limitados todos sus componentes, y, por otro lado, todo lo compuesto es esencialmente limitado; ese mundo es un mundo

(1) *Filosofía fundamental*, libr. 10<sup>o</sup>, cap. 1.<sup>o</sup>

mudable, pues sus mudanzas saltan continuamente á nuestra vista, ante la más sencilla observación. Y todo lo que es limitado, y lo que es mutable, ni puede ser eterno ni puede ser producido por sí mismo. Luego este mundo visible no siempre existió, ni se produjo á sí mismo. Si, pues ahora existe, como no se puede negar, tuvo que ser producido por una causa; causa primera en el orden de las causas y que, por tanto, ella no haya sido producida por otra causa, sinó que haya existido siempre, eternamente, sin principio y sin mudanza alguna.

A esta primera y eterna causa es á lo que llamamos Dios, luego es cosa bien clara que Dios existe. Por razonamientos análogos se demuestran las propiedades y facultades de este Dios, único y verdadero, como haremos en su debido tiempo.

A pesar de ser cosa tan clara, á la vez que admitida como tal por la casi totalidad del género humano, todavía hay hombres insensatos, ó, por mejor decir, perversos, entre los que á sí mismos se llaman *intelectuales y espíritus fuertes*, que se atreven, por dar guerra á la Iglesia, á negar la existencia de Dios, ó á decir, por lo menos, que las pruebas de su existencia no son concluyentes; y que, dado que se admita á Dios, es más bien por motivo de fe, que por necesidad del raciocinio. ¡Infelices! ¡Como si á ellos no les interesara tanto como á la Iglesia la existencia de Dios! O ¿acaso piensan que porque ellos nieguen la existencia del Ser Supremo, ya por eso no van á caer en las manos del Dios vivo?

Se atreven á negar esa existencia los materialistas y los sensistas, para los cuales no hay más seres reales que la materia y lo que nos entra por los sentidos: la niegan los racionalistas de nuestro tiempo, para los cuales nada existe superior á la razón humana.

Otros, como Littré y los positivistas de la vecina nación, juzgan que es inútil y hasta perjudicial á la verdadera perfección del hombre, el ocuparse en saber si Dios existe ó no; al par que los positivistas ingleses con Stuart Mill á la cabeza, entienden que no hay ninguna prueba concluyente de la existencia de Dios. Cuéntase también entre estos escépticos el filósofo de Alemania Manuel Kant, quien sostuvo la impotencia de la humana razón para llegar al conocimiento de la existencia de Dios; lógica consecuencia de haber negado la fuerza del principio de causalidad.

No es, sin embargo, ateo este filósofo, pues admitía, aunque fundado sólo en la fe, la existencia del Supremo Ser.

Como estas doctrinas materialistas y kantianas están hoy muy extendidas por desgracia, por eso indicamos estos errores á guisa de voz de alerta; y creímos conveniente probar á la ligera la existencia de Dios, como preámbulo para probar que Jesucristo es Dios verdadero, pero con el propósito de volver sobre ello con más detenimiento en su lugar oportuno.

Si hay varios que niegan la existencia de Dios, hay muchos más que niegan que Jesucristo sea verdadero Dios. Pues, por de pronto, quien niega la existencia de Dios, á la fuerza ha de negar que Jesucristo sea Dios; y quien niega que se pueda demostrar la existencia de Dios, también negará, con mayor razón, el que se pueda saber que Jesucristo es Dios.

Pero, además, hay muchos hombres, aun entre los cristianos, que, admitiendo la existencia de Dios, niegan que Jesucristo lo sea; niegan al Redentor la naturaleza divina, si bien fundándose para ello en muy diferentes, aunque todas erróneas razones.

«Hubo algunos, escribe Santo Tomás, que, como Ebión, Cerinto, y más tarde Pablo de Somosata y Fotino, admitieron en Jesucristo la sola naturaleza humana; y respecto de la Divinidad, fingían que no existió en él por su propia naturaleza, sino sólo por cierta participación excelente de la divina gloria, que por sus obras había merecido» (1).

Los arrianos y los semi-arrianos negaron también la divinidad de Jesucristo, como consecuencia de la negación de la divinidad del Verbo, que es la persona divina que, según la fe, se hizo hombre. Pues los arrianos decían que el Verbo era pura criatura y de sustancia totalmente diferente de la del Padre, esto es, de la de Dios; y los semi-arrianos, á las órdenes de Basilio de Ancira, dulcificaban el error de los arrianos diciendo que el Verbo era de naturaleza semejante á la del Padre, aunque no del todo consustancial con ella. El arrianismo fué condenado en el Santo Concilio de Nicea, primero de los Ecuménicos (2). Los socinianos en el siglo XVI resucitaron de sus olvidadas cenizas el cadáver del arrianismo, y sostuvieron que el Verbo era pura criatura, y Jesucristo un puro hombre.

(1) *Sum. Contr. Gent.* Libr. 4.<sup>o</sup>, cap. 28.

(2) Se prescinde del de los Apóstoles.

Por último, se burlan cínicamente de la divinidad de Jesucristo, y de su vida y milagros, la mayoría de los que se dedican á las prácticas del magnetismo y del hipnotismo; los cuales, para probar que Jesucristo no tuvo nada de Dios y que fué sólo un puro hombre, y tal vez un grande impostor, afirman ridículamente que los milagros realizados por Jesucristo fueron hechos por virtud del magnetismo ó del hipnotismo.

(Continuará).



## Reflexiones sobre el Evangelio.

### Dominica "In Albis,;

Refiérenos el evangelista San Juan en el capítulo 20, v. 19, hasta el fin que en aquel tiempo, y cómo fué la tarde de aquel día, el primero de la semana, y estando cerradas las puertas en donde se hallaban juntos los discípulos por miedo de los judíos, vino Jesús y se puso en medio, y les dijo: «Paz á vosotros». Y cuando esto hubo dicho, les mostró las manos y el costado. Y se gozaron los discípulos viendo al Señor. Y otra vez les dijo: «Paz á vosotros. Como el padre me envió, así también yo os envío». Y dichas estas palabras, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid al Espíritu Santo: á los que perdonareis los pecados, perdonados les son; y á los que se los retuvieseis, les son retenidos». Pero Tomás, uno de los doce, que se llamaba Didimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le dijeron: «Hemos visto al Señor». Mas él les dijo: «Si no viese en sus manos la hendidura de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no lo creeré». Y al cabo de ocho días estaban otra vez sus discípulos dentro, y Tomás con ellos. Vino Jesús, cerradas las puertas, y se puso en medio, y dijo: «Paz á vosotros». Y después dijo á Tomás: «Mete aquí tu dedo, y mira mis manos, y da acá tu mano, y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel». Respondió Tomás y le dijo: «Señor mío, y Dios mío». Jesús le dijo: «Porque me has visto, Tomás, has creído. Bienaventurados los que no vieron y creyeron». Otros muchos milagros hizo también Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro. Mas éstos han sido es-

critos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que, creyendo, tengáis vida eterna en su nombre.

A la manera que el pensamiento corre veloz más que un rayo (agilidad), y penetra sin obstáculos en lo más recóndito (sutileza), y escapa á las indagaciones del que quisiera perseguirle (impasibilidad), y brilla como chispa de luz que el Supremo Hacedor pusiera en nuestra frente (claridad), así el cuerpo glorioso de Jesucristo resucitado, como el de los bienaventurados en la Gloria, adornado de estas *dotes gloriosas*, penetra en el Cenáculo, estando cerradas las puertas, como dice el Evangelio, llevando á sus discípulos, á sus fieles seguidores, en un saludo, un consuelo y una esperanza. Un consuelo, porque volvieron á ver á su Maestro, á su Jesús; porque volvieron á ver á aquel que había muerto en la Cruz y que fué sepultado; un consuelo, porque volvieron á ver al que tan tristes les dejó, al que lloraron, combatiendo al propio tiempo á todos cuantos les calumniaban, diciendo que ellos vinieron por la noche y robaron el cuerpo de Jesús, fingiendo una resurrección. Una esperanza, porque viendo á Jesucristo gloriosamente resucitado, quedaban plenamente convencidos y seguros de la resurrección general de la carne, simbolizada en la resurrección de Jesús; porque como nos dice el Apóstol (I. Cor., 15-16 y sig): «Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó: y si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe, inútil nuestra esperanza, y, por consiguiente, los que durmieron en Cristo han perecido; y así, si Cristo no ha resucitado, nos hallamos aún cautivos en los lazos del pecado, nos dice Teodoro, y asimismo todos aquellos que murieron por la fe de Jesucristo, que es la raíz y el fundamento de la justificación, como los mártires que vivieron una vida ejemplar, muriendo por la misma fe, perecieron. Absurdo como éste, no podía extender sus ramas y dar frutos, sino en tiempo de los Saduceos, y otros enemigos de la resurrección de Jesús, y, por consiguiente, de nuestra resurrección.

También es digna de notarse, al par que muy significativa, la circunstancia de aparecer Jesús en medio de sus discípulos; porque de la misma manera que Jesús fué hallado por los pastores y Reyes en la gruta de Belén, en medio del buey y del mulo, para enseñarnos que era el pacificador del pueblo judío y del pueblo gentil; así como en el templo se sentó en medio de los

doctores, para darnos á entender que venía á ser el Maestro de todas las naciones del mundo, de la misma manera que en la Cruz se colocó entre el cielo y la tierra, dándonos á entender que era el mediador entre un Dios ofendido y un hombre pecador; así como en la cumbre del Calvario fué puesto en medio de dos malhechores, de los cuales el uno mereció el cielo y el otro el fuego eterno, para enseñarnos que es juez de justos y pecadores, así también hoy, después de su resurrección gloriosa, aparece en medio de sus discípulos como Rey; en medio de su pueblo, como padre; en medio de su familia, corona de hijos, que llamándole padre, le encantan y le animan á que les procure una felicidad en la tierra á la manera que es posible, es decir, una felicidad imperfecta, porque felicidad perfecta no puede hallarse en la presente vida, y una dicha junto al trono de Dios. Porque como dice San Agustín: *Fecisti nos domine ad te et inquietum est cor nostrum donet requiescat in te. Stetit in medio.* En medio debe estar el que es el mediador de todas las cosas; el mediador entre Dios y el hombre; en medio le vemos allá, antes de comenzar el mundo, en el consistorio augusto de la Trinidad beatífica, primero el Padre, el último el Espíritu Santo, y el Hijo en medio. En medio de los tiempos, en medio del invierno y en medio de la noche quiso nacer. En medio de Moisés y Elías se transfiguró en el Tabor; en medio de sus Apóstoles se colocó en la noche de la *cena*, y, como vaticinó David, *el medio* de la tierra escogió para obrar la redención del linaje humano. ¡Jesucristo siempre en medio! Ya lo véis; de donde se infiere que Jesús ha de estar por necesidad en medio de las naciones, en medio de las sociedades, en medio de los pueblos, en medio de las familias, y en medio de nuestros corazones.

A Jesucristo le corresponde, por derecho propio, hallarse siempre en medio de las leyes, en medio de los centros de enseñanza, porque es palabra divina, que Cristo es todo en todas las cosas. *Omnia in omnibus Christus.* Y nada más natural porque Cristo es nuestro Criador, nuestro Redentor, nuestro Legislador, nuestro Padre, nuestro Médico, nuestra salud, nuestra vida, nuestra resurrección y nuestra gloria. Por consiguiente, siempre ha de estar en medio de nosotros como el sol en el firmamento, el rey en su palacio, el padre en su familia, el maestro en su escuela, el pastor en su cabaña y el centro en la circunferencia. El que es

grande está en medio de nosotros, nos dice Isaías, y en medio de todas nuestras cosas, perfeccionándolas y perfeccionando todo el orbe, á la manera del compás, que, estando siempre en medio, perfecciona el círculo y la circunferencia que le encierra. ¡Ay de aquel en cuya alma no esté Jesús como en su centro, y en su corazón como en su morada! Para ello se hace preciso que nosotros consideremos las grandes enseñanzas que este Maestro divino nos da en su Evangelio; para ello es necesario acudir á Jesús todos los días de nuestra vida para que esté en medio de nosotros, cumplir con su ley santa, obedecer á la Iglesia y practicar las virtudes, la fe que ya se ha dicho que es el principio de la justificación, para que, teniendo fe y creyendo, nos salvemos todos. La prudencia, que es como la sal de las virtudes morales, para que adoptemos un medio virtuoso entre los extremos viciosos, por eso se ha escrito que *in medio consistit virtus*: esto es, lo que Jesús quiere de nosotros cuando nos dice en el Evangelio *stetit in medio*: en medio por una buena confesión y una comunión verdadera, y de esta manera tendremos una verdadera paz y una buena tranquilidad, paz con Dios, con nuestros prójimos y con nosotros mismos, así lo pide la caridad, que nos amenios todos como hermanos, ayudándonos y favoreciéndonos, que no otra cosa quiere Jesús, cuando en su Evangelio nos dice: *Pax vobis*: La paz de Dios, la gracia divina, la gloria y la felicidad eterna desciendan á vuestros corazones.

---

## Explicación de las Virtudes.

---

(Continuación).

Y si hoy no se vislumbra un renacimiento moral, que sanee á las sociedades y á los individuos, es porque no se lee la doctrina de Cristo. ¿Cuántas personas encontráis, que tengan todos los días un rato de lectura espiritual? Pocas, muy pocas.

Los libros, que tratan de espíritu, ó por mejor decir, de la perfección del espíritu, no son leídos, y no son leídos porque no agradan. Se encuentran los hombres tan inclinados y pegados á las cosas del mundo, que sienten repugnancia á las lecturas piadosas; son como aquellos que están atacados de fiebre, que no sienten placer en los más delicados manjares. Dad á un mundano

las obras de San Juan de la Cruz, de San Francisco de Sales, de San Alfonso Rodríguez, y no las quiere leer; para él son empalagosas. Quizás os digan: *Esto que lo lean las monjas, pero yo no lo necesito.* ¡Qué desgracia! La enfermedad está muy generalizada.

Pero hay más. Estos mismos, que jamás pasean la mirada por un libro de devoción, son de tal naturaleza, que les molesta hasta que otros se dediquen á estas lecturas. Cuando saben que alguno quiere buscar la salud del alma en esos libros, ¡oh! entonces no perdonan *el crimen*. De sus labios se oyen estas ó parecidas palabras: «¡Si será hipócrita Fulano! ¡Qué tonterías! ¡Como si no supiéramos quién es!» Y es, que el demonio ha puesto un candado en sus ojos, para que no vea la verdad, y lo ha quitado de la boca, para que destile el veneno de la injuria.

Alejados en absoluto de los libros espirituales, no es fácil que adelantemos mucho en la adquisición de las virtudes, porque sin ese estímulo, que nos producen la meditación y el recuerdo de la doctrina y ejemplos, que en los libros de espíritu se encuentran, no se sentirá aguijoneada la conciencia, como dice el Crisóstomo, y nos detendremos en el camino de la perfección, si es que no se inicia un retroceso, que engendraría desgracias muy lamentables en el alma.

Y aunque haya personas, que tienen frecuentemente en las manos libros de estas materias, sin adelantar un paso en la senda de las virtudes, no debemos negar eficacia á la lectura. El defecto indudablemente se encuentra en el que lee. Por eso conviene que se lea bien.

El que desee obtener provecho para su alma en la lectura espiritual, ha de leer despacio, para enterarse de lo que está escrito, y cumplirlo con la más escrupulosa exactitud. Suponed, que un superior vuestro os escribe una carta, en la que os manda obedecer á tal ó cual disposición. Llega á vuestro poder esa carta, y la abris. Después, poco á poco os enteráis de lo que se os manda en ella, y si no comprendéis algo, volvéis á leer. Por fin, procuráis poner en práctica aquello que el superior os indica.

Ahora bien ¿qué es el libro espiritual, sino una carta que el Señor nos envía? Lo primero, por tanto, que nos debemos proponer en la lectura espiritual, aparte del deseo de la perfección, es leer detenidamente. No tomemos un libro, y con fiebre de pasar hojas y hojas lo terminemos. ¿Qué conseguiríamos? Cuando nos

dediquemos á este ejercicio tan importante, imitemos á las gallinas al beber agua, como aconsejan los Santos, entre los cuales se citan á San Bernardo, San Efrén y San Agustín (1). «Dicen que la lección espiritual ha de ser como el beber de la gallina, que bebe un poco, y luego levanta la cabeza y torna á beber otro poco, y torna á levantar la cabeza». De este modo vamos fijando en nuestra inteligencia aquellas enseñanzas que más nos pueden convenir. Y si observáis que el Señor en la lectura os inspira algún afecto de amor hacia Él, de arrepentimiento por vuestras culpas, de desprecio á vosotros mismos, ó de cualquier otra especie, con los ojos del alma dirigíos al objeto de los afectos por el tiempo que dure la inspiración y sacaréis mucho fruto.

Debemos también procurar no leer tan sólo por saber (pues no se trata de estudio), sino muy principalmente por sabor, según recomendaba San Bernardo á sus monjes. Porque el saber, si no se aplica á la voluntad, es de escaso valor, y en el acto de la lectura nada de provecho espiritual conseguiríamos, aunque pudiéramos aprovechar nuestra ciencia para curar á otros. Sería trabajar para dar alimento á los demás, muriendo nosotros de hambre; sería estudiar y no leer espiritualmente.

El sabor lo encontraremos aplicándonos á nosotros mismos lo que leemos, para corregirnos y glorificar á Dios, que es en donde se encuentra toda la dulzura. A este propósito escribió San Agustín (2): «Usas muy bien de las Sagradas Escrituras, cuando las tomas por un espejo en que se mira tu ánima, procurando corregir y quitar lo feo y malo que allí se reprende, y adornarla y hermosearla con los ejemplos y virtudes que allí lees».

Y luego que se termine el rato de lectura espiritual, demos gracias á Dios por el beneficio que nos ha dispensado.

Si alguno quisiere saber qué libros debe tomar para este ejercicio tan provechoso, pregunte á su director espiritual, que le indicará los más convenientes.

En cuanto á los periódicos, no leáis, ni compréis, ni favorezcáis directa ó indirectamente á los que ataquen á la moral ó al dogma. Los Prelados han hablado en este sentido: Obedeced. Retirad de vuestras casas esos propaladores de la mentira y el

(1) *Ejercicio de perfección*, por S. Alfonso Rodríguez, Trat. V, c. XXVIII.

(2) *Epist. 143, ad Demetriad.*

error; y si no lo hacéis, no tenéis derecho á quejaros del malestar social y religioso. Muchos hay que, con pretextos fútiles, se disculpan, y mientras tanto cooperan á su ruina; pero esos mismos pretextos no son admitidos por sus conciencias. Un ruego: decid á vuestros confesores qué periódicos leéis.

---

## Cuento

---

### La vuelta á la aldea.

En 1849 existía en uno de los regimientos de guarnición en Lyon, un soldado joven que se llamaba Julián L., y que estaba próximo á cumplir el tiempo de servicio. Era hijo de una pobre viuda, que le amaba tiernamente, siendo correspondida por él. La madre le escribía con frecuencia, y por sus cartas podía comprenderse que, á medida que se aproximaba el día de su vuelta, aumentaba proporcionalmente su impaciencia maternal.

Julián, de otra parte, veía con gozo el día de su marcha; no porque le fuera enojosa la vida militar, que él amaba, sino porque hacía siete años que había salido de su casa y deseaba abrazar á su anciana madre.

El momento ansiado llegó por fin. Julián recibió su licencia, se despidió de sus compañeros y de sus jefes, de quienes era muy querido, y no pudo menos, al salir del cuartel, de lanzar un suspiro y dirigir una lánguida mirada sobre su glorioso pasado militar. No hay en la tierra dicha sin mezcla de dolor, y siempre nuestros mayores goces van unidos á las lágrimas.

Algunos compañeros de Julián, con los cuales se hallaba íntimamente unido, habían pedido permiso á sus jefes para acompañarle hasta alguna distancia de la ciudad. Entre ellos se encontraba un primo suyo, llamado Juan, bueno como él, exento de los vicios propios del regimiento, y cuya compañía le había sido útil muchas veces para el cumplimiento fiel de sus deberes. A medida que la comitiva se alejaba del cuartel, el ex-militar, olvidando insensiblemente lo que dejaba, y pensando sólo en lo que le esperaba, marchaba con ligereza y entusiasmo, no hablando más que de su madre, de sus hermanos y de su pueblo. Nunca había estado más animado y gozoso.

Hay momentos, decía á su primo, en que yo creo soñar: no puedo creer que haya dejado de ser soldado, que esta tarde no debo asistir á la lista y que dentro de algunos días estaré entre los brazos de mi madre. Me palpo para saber si estoy dormido ó despierto. ¡Cuántas veces he desesperado, en África, de ver este día! Cuando nos hallábamos comprometidos en alguna expedición peligrosa; cuando descargábamos nuestro fusil contra las kábilas y recibía yo, como me ha sucedido muchas veces, balas en mi chacó y en mi capote, yo me decía en mi interior, después de hacer un acto de contrición: «Vamos, muchacho, que te va á llegar la hora y no volverás á tu pueblo. Es preciso dar, desde lejos, un adiós á tu querida madre, y en vano es que te espere en el modesto hogar». He ahí lo que yo me decía y, enjugándome una lágrima, volvía á cargar mi fusil y á hacer fuego sobre el enemigo, que no desperdiciaba ninguna de mis balas. Pues bien; mis presentimientos me engañaban: no me tocó ni siquiera un arañazo. Y dije al África: «¡Hasta que tenga el gusto de no volveros á ver!» He terminado ya mi despedida, y mi madre sólo tiene que esperarme unos cuantos días.

Pero ¡ah! la pobre mujer espera todavía, ó, mejor dicho, ya no espera; es él el que espera, pero en otro lugar.

El día iba declinando: nuestros viajeros habían ya hecho buena parte del camino y era preciso despedirse. Hallábanse próximos á un pequeño pueblo que se veía á alguna distancia de la carretera. Delante de varias casas, descollaba una que por su rótulo y demás señales se comprendía desde luego que era una taberna. Ante la casa, y separada por una valla, se veía una parra y bajo ella una mesa y varios bancos.

«Antes de separarnos es preciso echar un trago y vaciar la botella de nuestra despedida», exclamó uno de los acompañantes de Julián. ¿Qué dices tú, antiguo camarada?

Que has tenido una magnífica idea,—respondió alegremente Julián—precisamente nos encontramos en sitio á propósito con jardín, mesa y bancos que parece nos están aguardando. Entremos, pues, y bebamos antes de darnos el último adiós. Así como así mi bolsa me pesa demasiado y me estorbaría para la marcha. Adelante, amigos míos, yo soy quien paga.

Entraron en el establecimiento y sentáronse bajo la parra al-

rededor de una mesa de pino, que bien pronto se vió ocupada por los vasos y botellas que la sirvienta traía.

Bebieron sin decir nada. El momento de una separación es siempre triste; pero después de haber bebido unas cuantas botellas, el vino obra como de costumbre, la conversación se anima en términos que al poco rato es difícil entenderse. Las risas y los chistes menudeaban, los vasos se llenaban y se vaciaban con rapidez, brillaban los ojos de los bebedores, sus rostros se coloreaban, las cabezas comenzaban á alterarse y alguno de ellos llegaba ya al límite de la borrachera. Julián, aunque ordidariamente sobrio, bebía como los demás.

Mas la hora de partir se aproximaba: el tiempo avanzaba y el sol iba por momentos á desaparecer del horizonte.

«Vamos, amigos míos, dijo Julián levantándose de la mesa: ha llegado el momento de la separación: la noche se acerca y yo tengo que llegar al punto que he determinado. Abracémonos y en marcha.

—¡Cómo! ¡cómo! exclamó el compañero que Julián tenía á su lado, con una voz y una fisonomía que indicaban no hallarse serena su cabeza, ¿es este modo de despedirse? Tú tienes más tiempo del que necesitas y nosotros también, y no te dejes partir, sin que antes hayamos aun brindado. Y tomándole bruscamente por el brazo le obligó á sentarse otra vez á su lado.

«Te digo que es ya tiempo y más que tiempo de partir, respondió Julián con impaciencia: no tengo gana de pasar la noche en el camino y además hemos ya bebido bastante».

—¿Que hemos bebido ya bastante? ¿Qué quiere decir esto?... ¿Es que nos tratas de borrachos, ó es más bien que tienes miedo de gastar demasiado con nosotros? ¡Tacaño! Si tanto te apena el gastar, aun tengo yo algo en mi bolsillo. ¡Mozo, trae otras seis botellas más; pero no las pongas en la cuenta del señor, yo soy quien las paga!

(Continuará).

---

## Liturgia.

---

(Conclusión).

Hemos explicado el misterio fundamental del alegre tiempo de

Navidad, descubriendo, en cuanto es dado, el gran secreto que encierra la fijación del nacimiento de un Dios sobre la tierra en el día veinticinco de Diciembre. Réstanos, por último, escudriñar con el respeto debido un segundo misterio, á saber, el del lugar en que se cumplió este nacimiento.

Este lugar tiene por nombre, como todos sabemos, el de Belén *De Belén saldrá el que sea dominador en Israel*. El Profeta lo ha predicho (1); los Pontífices judíos lo sabían, y no tardaron mucho en comunicárselo á Herodes. Pero ¿á qué es debido que villa tan oscura y desconocida haya sido la preferida para ser el teatro de tan sublime acontecimiento? Veámoslo: Era Belén en un principio un pequeño caserío llamado Efrata; pero habiendo sido despoblado por un terrible hambre, sucedió al mismo tal abundancia que se trocó su primitivo nombre por el de Belén, que quiere decir *casa del pan*; he aquí la razón por qué Jesucristo el *Pan vivo descendido del cielo* (2) ha querido escoger lugar tan *oscuro para su nacimiento*. Nuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron (3), pero tenemos ya entre nosotros al Salvador del mundo, que viene á sostener la vida del género humano dando su carne *que es verdaderamente comida* (4). Hasta ahora estaba Dios lejos del hombre; pero desde hoy en adelante no formarán más que una sola cosa. El Arca de la Alianza que no encerraba en sí más que el alimento del cuerpo, vese reemplazada por el Arca de una nueva Alianza: Arca mucho más pura y más incorruptible que la antigua; la incomparable Virgen María, que nos presenta el *Pan de los Ángeles*, el alimento que transforma al hombre en Dios; pues el mismo Jesucristo ha dicho: *El que come mi carne, en mí mora, y yo en él* (5).

Esta es la transformación divina que impaciente aguardaba el mundo hacía cuatro mil años, y por la que ha suspirado la Iglesia durante las cuatro semanas del *Tiempo de Adviento*. Ha llegado, por fin, la hora, y Cristo va á entrar en nosotros si queremos recibirle. Quiere unirse á cada uno de nosotros, del mismo modo que se ha unido á nuestra naturaleza humana en general,

(2) Michaeas, V. 2.

(3) Ioann., VI., 41.

(4) Ioann., VI., 49.

(1) Ioann., VI., 56.

(2) Ibid., 57.

y por ello quiere ser nuestro *Pan*, nuestro alimento espiritual. No otro objeto tiene su advenimiento á nuestras almas en esta mística estación: y no descansará Jesús hasta tanto que no se haya sustituido Él mismo á nosotros, de tal suerte que no seamos nosotros los que en nosotros mismos vivamos, sino Él quien viva en nosotros: y á fin de que este misterio tenga debido cumplimiento con toda la dulzura posible, para ello dispone presentarse primeramente bajo la forma de tierno Niño, este dulce fruto de Belén y poder penetrar dentro de nosotros y crecer enseguida en edad y sabiduría ante Dios y los hombres.

Ponemos fin al Tiempo de Navidad, no porque falten simbolismos que descubrir, sino porque siendo más propios de ciertos días en particular, que del conjunto de este período del año litúrgico, hemos de detallarlos cuando tratemos de las fiestas de este tiempo.



## Noticias generales.

Con motivo de cumplirse en el presente mes de Abril el cuarto centenario de la declaración de Patrona de la ilustre ciudad de Fregenal de la Sierra (Badajoz), Ntra. Señora de los Remedios, los devotos de la Virgen, que son en gran número, han obtenido de Su Santidad la gracia de que la bendita imagen sea solemnemente coronada, y se disponen á realizarla con inusitada pompa.

La corona, que es valiosísima, será colocada por el Excelentísimo Sr. Nuncio de Su Santidad, y asistirán los Excmos. señores Obispos de Badajoz y Ciudad Real.

Con este motivo se preparan extraordinarias fiestas religiosas y populares, las que serán presididas por un delegado regio y las autoridades de la provincia.

\*\*\* Para las fiestas que se celebrarán en Elorrio el 13, 14 y 15 de Julio al nuevo Beato Fr. Valentín de Berriochoa, se ha abierto un certamen en el que se premiarán la mejor poesía al bienaventurado, la mejor monografía de Elorrio, y el mejor himno ó marcha en loor del ilustre mártir.

\*\*\* Se asegura que el Soberano Pontífice enviará este año la *rosa de oro* á la Princesa Victoria Eugenia, prometida de D. Al-

fonso XIII, con objeto de demostrar á la referida Princesa la satisfacción que Su Santidad siente por su conversión al catolicismo.

La *rosa de oro* citada es distinción concedida por el Pontífice á una Reina ó Princesa católica á quien quiere Su Santidad honrar especialísimamente.

También se dice que la futura Reina de España hará una visita al Papa antes de su boda con D. Alfonso XIII.

\*\*\* Un carro, tirado por diez y seis caballos, ha sido necesario para llevar á la Basílica de San Pedro la nueva estatua de mármol que representa á San Buenhijo (Bonfiglio) Monaldi, uno de los siete Fundadores de la Orden de los Servitas, de la que escribió las Reglas, mereciendo la gracia de que Maria Santísima le diese el escapulario.

La colosal estatua será colocada en una de las hornacinas que hay en la nave de la Basílica, que fué sala para las sesiones del Concilio Vaticano.

La colocación la dirigirá el Arquitecto ingeniero de la Real Fábrica de San Pedro, Sr. Ingami.



## Santorial.

Día 22, Domingo *in Albis*. Santos Sotero y Cayo, pp. mrs., Apeles y Lucio, y Stas. Tárbula, mr., Senorina, vg.

Día 23, lunes. Stos Jorge, militar y mr., Adalberto, ob. mr., y Sta. Victoria, vg. mr.—*Abrense las velaciones*.

Día 24, martes. Stos. Fidel, mr., y Gregorio, ob. cf., y Stas. Bona y Doda, vgs.

Día 25, miércoles. Stos. Marcos, evang., Aciano y Herminio, obis-

pos cfs., Sta. Franca, vg. - *Letanías mayores*. I. P.

Día 26, jueves. Stos. Clarencio y Lucidio, obs., Ricario, pbro. cf., y Sta. Exuberancia, vg.

Día 27, viernes. Stos. Anastasio, pp. y cf., Toribio *de Mogrovejo*, arz. y cf., y Sta. Cita, vg.

Día 28, sábado. Stos. Prudencio y Pánfilo, obs. y cfs., Pablo de la Cruz, cf., y Stas. Valeria, mr., y Tecdora, vg. y mr.